
Empate

Javier de Viana

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7775

Título: Empate

Autor: Javier de Viana

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 30 de septiembre de 2022

Fecha de modificación: 30 de septiembre de 2022

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Empate

Un fogón enorme echaba llamaradas, haciendo día en la amplia cocina del cortijo.

¿Por qué tan gran fuego?...

La noche estaba boquiando y no habría de faltar más de una hora para que aparecieran en el naciente las pinceladas rojas de las barras del día.

¿Para qué aquel gran fuego?... No hacía frío y con la décima parte de las brasas del fogón sobraba para calentar el agua de la pava con que cimarroneaban los dos viejos, el viejo criollo Campoverde y el viejo napolitano Pomodoro.

Los dos tenían la barba espesa y tordilla,—tordilla blanca, como los tordillos viejos;—pero Pomodoro ostentaba un cráneo pelado, amarillo, semejante a un huevo fresco de ñandú, mientras que Campoverde conservaba toda su crin bravía. Eran bastante viejos los dos, y durante más de veinte años se habían odiado intensa y recíprocamente.

Pomodoro había empezado por arrendar a Campoverde una chacra que, cultivada con todo esmero, le permitió al italiano, laborioso y ahorrativo, ir acumulando moneda. Verdad que hacía de todo. Aparte del cultivo, no muy extenso, de maíz y trigo, su huerta proveía de hortalizas, de duraznos y de sandías al pago entero. Todos los domingos, Teresa, su mujer, hacía gran hornada de pan, que sus hijos, Sabina y Pedro, iban a vender por el contorno. Además, Genaro Pomodoro era el único albañil, el único carpintero y el único mecánico del lugar.

Si había que levantar un muro, componer una azotea, remendar un tejado, construir una puerta o arreglar una máquina descompuesta, era forzoso recurrir a Pomodoro. Y de esta pluralidad de ocupaciones, juntando pesos con centavos, iba formando libras esterlinas destinadas a la obscuridad del botijo.

Campoverde no tenía mala voluntad para su arrendatario; empero, en su orgullo de criollo, despreciaba al «gringo», encontrando lo más natural que éste, cada vez que se acercaba, se quitase el sombrero y lo saludara con un respetuoso:

—¿Come istá dun Inacio?

Mientras él, sin tocar siquiera el ala del chambergo, respondía invariablemente:

—¿Cómo te va, gringo?

Pero aconteció que un año los negocios de Campoverde fueron muy mal: perdió todas las carreras en que entró. Y no se podía decir que por incompetencia o por desidia en el cuidado de los parejeros. Eso no. Hombre de conciencia, sabedor de que la platita hay que defenderla, dormía junto a sus caballos, se levantaba de madrugada, —fuese malo, fuese feo el día,— para trabajarlos, y no se detenía ante ningún sacrificio para adquirir el mejor maíz y la mejor alfalfa. Cuando le hablaban de eso le daba rabia.

—¡Decir que no cuido, canejo!... Vea, amigo, por no desatender el cuidao de los parejeros, tengo cuasi abandonada la estancia. Como no he tenido tiempo de componer el alambrao del Bajo Grande, se me ha estraviao una punta 'e novillos y como no pude salir a campearlos, aura deben andar por la loma 'el diablo, y quien sabe si me vuelvo a juntar con ellos! ...

—Y algunas reses le han de haber carniao, también!

—¡Dejuro que me han de haber carniao! ¡Si no tengo tiempo pa nada! ... Ahí están las ovejas a la miseria 'e sarna, y yo sin poder curarlas... ¡Y tuavía dicen que pierdo las carreras por abandonao, por haragán!...

—Habladurías, no más!... Siga sin hacer caso.

Y como Campoverde, siguió sin hacer caso, cuidando parejeros y perdiendo carreras, despreocupado por entero de su hacienda, a fin de año se vió obligado a recurrir a Pomodoro para que le anticipase un año de arrendamiento.

Y así empezó Pomodoro a comerse a Campoverde.

Rápidamente, las esterlinas del botijo fueron disminuyendo, sustituidas por escrituras de hipoteca. En tres años, el arrendatario se convirtió en propietario de la chacra.

Y como los años seguían yendo mal para el gaucho, los empréstitos proseguían y, pedazo a pedazo, la heredad de los criollos Campoverde iba pasando a engrosar la chacra del gringo Pomodoro. Y aquellos dos hombres empezaron a odiarse; el uno porque se sentía irremediablemente comido por el otro; y el otro porque, despertado el apetito encontraba lento el proceso, en sus ansias de tragarlo todo.

Campoverde había llegado al colmo de la humillación, quitándose el sombrero cuando iba a visitar a Pomodoro, a quien, desde hacía unos años, se había sometido a llamar «Don Genaro».

Y es que Pomodoro era ya «don». De sus diez mil hectáreas de campo flor, no le quedaba a don Ignacio más que un potrerito central, de quinientas cuabras cuadradas, donde asentaba el gran edificio de piedra, —«la azotea», con sus galpones, sus corrales, sus bretes: la cabeza de la estancia, otrora famosa, de los Campoverde.

Pomodoro no pedía resignarse a morir sin haber coronado la conquista con la posesión de «la Estancia». Pero el gaucho

había hecho a su orgullo, el supremo sacrificio de no cuidar más parejeros. «La Estancia», no sería nunca del «gringo». Uno emperrado en que sí, el otro en que no, no se veía solución posible, cuando un incidente vulgar vino a cambiar la faz del problema: el criollito Saturno, hijo de don Ignacio, y la gringita Sabina, hija de don Pomodoro, se amaban.

Inútilmente se atravesó entre sus cariños el odio recíproco de los padres. En el campo, el amor es como los cañadones, cuyas aguas corren mansas, silenciosas, cristalinas; pero si lo enfrenan con un tajamar, se revuelven, rugen, borbotean espumas, y, o abaten el obstáculo o se va por campo traviesa.

El último parejero —ya largado al campo— de don Ignacio, sirvió a su hijo para robar a la hija de su enemigo. Y al fin hubo que rendirse ante el hecho consumado, que, en definitiva solucionaba el largo pleito a satisfacción de los dos litigantes: Pomodoro integraba el dominio con el núcleo de la Estancia; y Campoverde se veía restituir, en su heredero, todo el bien arrebatado por la usura a la debilidad de sus vicios.

Y de ahí resultó que el gringo y el gaucho se hicieran amigos y, como no tenían nada que hacer ya, se disputaban continuamente, para ocupar las horas vacías de la vigilia.

Durante aquella noche, pasada en vela junto al fogón, a la espera del nacimiento del primer nieto, no habían cesado de pelear, discutiendo sobre quién había de ser el padrino. Al fin habían transado con la proposición de Campoverde.

—Si sale «chancleta», usted es padrino, pero si sale macho, yo soy el padrino y le pongo Ignacio!.

Ya de acuerdo, tomaron sendos tragos de caña y atizaron el fuego, desperdiciando leña, en ese afán humano de que haya luz cuando las almas están contentas. Y estaban por tomar otro trago cuando entró alborotado Saturno y anunció:

—¡Ya 'stá, tata!

—¿Qué jué?

—Un machito...

—¡Se tiene que llamar Ignacio! yo soy el padrino!... —exclamó jubilosamente Campoverde.

—... y una hembra, —concluyó el mozo;— un casal, tata!

—¡Yo tamén soi padrino! Y si gai de llamar Genara! —gritó entusiasmado Pomodoro.

Campoverde, de pie, iluminado por el rojizo resplandor de las llamaradas del fogón, tembló de ira. Luego, serenándose, dijo:

—¡Gringo suertudo! ... ¡Cuando no me la puede ganar, la empata!...

Javier de Viana



Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la

Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.